

dia, que aquellos cuya ocasion se busca libre y voluntariamente.

DIA VEINTE Y CUATRO.

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA.

El año de 5198 de la creación del mundo, seis meses antes de la encarnacion del Verbo, hácia el fin del reinado de Herodes Ascalonita en Iduméa, el último que ocupó el trono de los reyes de Judá, fué servido el Señor de dar al mundo aquel ángel, de quien dice el profeta Malaquias que habia prometido Dios enviar delante de Jesucristo para prepararle el camino; aquel profeta, y mas que profeta, como dice el Salvador, en quien se habia de acabar la ley y los profetas; aquel santo precursor, en fin, del verdadero Mesias, cuyo nacimiento habia de llenar de gozo todo el universo, y cuya concepcion fué acompañada de tantas maravillas; aquel hombre tan extraordinario, de quien aseguró el mismo Jesucristo no haber nacido otro mayor que él entre los hijos de las mujeres; Juan Bautista, hijo de Zacarias y de Isabel, ambos de la sacerdotal casa de Aaron, á la que únicamente estaba vinculado el sacerdocio; mas recomendables uno y otro por su singular virtud, que por su antigua nobleza. Eran justos delante de Dios, dice el Evangelio, llenando las obligaciones de la religion y de la ley; pero no tenian hijos, ni estaban ya en edad de tenerlos; fuera de que Isabel era estéril por naturaleza.

Era Zacarias sacerdote de la familia de Abías, la octava de aquellas veinte y cuatro clases en que distribuyó David toda la descendencia de Aaron, para evi-

tar la confusion en el ejercicio de sus sagrados ministerios. Alternaban por semanas estas clases en el servicio de las funciones del templo. Al principio de cada semana se sacaba por suertes el sacerdote que habia de entrar á servir para ofrecer el incienso a Señor por la mañana y por la noche en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la divina Providencia que, en la semana que tocó á la familia de Abías, saliese la suerte á Zacarias. Entró, pues, á la hora acostumbrada en aquella parte del templo donde solo era permitido entrar á los sacerdotes, quedándose los demás en el vestibulo, ó parte mas exterior; y habiendo acudido aquel dia mayor concurso de pueblo que el ordinario, lo que hace verisimil que fuese un sábado por la noche, notaron todos que duraba la ceremonia mas de lo regular. Fué el caso que, mientras Zacarias estaba ofreciendo el sacrificio, visiblemente se le apareció un ángel en forma humana, que estaba en pié al lado derecho del altar. Al principio se llenó de un religioso temor el santo sacerdote; pero el ángel le confortó, diciéndole: *No temas, Zacarias, que mi presencia antes te ha de alegrar que estremecer: subieron al cielo las oraciones que ofreciste por la salvacion del pueblo, y Dios las oyó benignamente. Y para que no pongas duda en ello, vengo á decirte, de su parte, que tu esposa Isabel, en medio de sus años y de su esterilidad, concebirá y parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Juan, el cual llenará de consuelo á toda la casa de Israel. Su nacimiento será de grande alegría para tí y para todo el mundo, porque nacerá para anunciar la venida de su Salvador: será grande á los ojos de los hombres, y mayor á los de Dios; destinado para precursor del Mesias; santificado y lleno del Espíritu Santo en el vientre de su madre. Por todo el discurso de su vida guardará una rigida abstinencia; no beberá vino, ni otro algun licor de los que pueden embriagar; predicará con tanto zelo, que*

convertirá muchos hijos de Israel á su Señor y á su Dios; y este mismo Dios hecho hombre no se dejará ver en público hasta que Juan, su precursor, haya anunciado su venida, caminando delante de él con la virtud y con el espíritu de Elias: harálo con tanta eficacia, con tanta felicidad, que los padres se regocijarán de ver como resucitada en sus hijos su piedad y su fe; muchos de los que ahora están ciegos y son incrédulos, abrirán entonces los ojos, conocerán sus descaminos, y llenos de celestial sabiduría se aplicarán únicamente á buscar á aquel que viene á salvarlos, para que, cuando llegue, los encuentre enteramente dispuestos á recibirle, á obedecerle y á seguirle.

No dudó Zacarías que era ángel del Señor el que le hablaba; con todo eso, como eran tan portentosas y tan sobre las fuerzas de la naturaleza las cosas que le prometía, no se pudo resolver á creerlas. *¿Cómo me puedo persuadir (le replicó) que suceda lo que me dices, siendo yo tan viejo como soy, y siendo mi mujer poco menos que yo?* Presto experimentó el castigo de su poca fe y de su poca confianza. Para mostrarle el ángel ante todas cosas la sinrazon con que dudaba de lo que habia oido, le declaró quién era, qué empleo tenia y quién le enviaba. *Yo (dijo) soy el ángel Gabriel, uno de los espíritus que asisten mas cerca del Señor, prontos siempre á ejecutar sus divinas órdenes: él mismo me envió á tí para anunciarte esta dichosa nueva; mas porque dudaste de lo que te he dicho, ves aquí que desde este mismo punto quedarás mudo, y no recobrarás el uso de la lengua hasta que se cumplan todas estas cosas.*

Esperaba mientras tanto el pueblo á que saliese Zacarías, admirados todos de que tardase tanto en ofrecer el sacrificio; pero se asombraron mucho mas cuando al salir advirtieron que estaba sordo y mudo; novedad, que, añadida al espanto y á la turbacion

que notaron en su semblante, los persuadió á que sin duda habia tenido alguna vision. Concluida la semana de su ministerio, se retiró á una casa suya en la tribu de Judá, situada en las montañas, que se cree fuesen las de Hebron. Poco tiempo despues se hizo preñada Isabel; y como si se avergonzase de parecerlo en aquella edad, estuvo cinco meses sin salir de casa dando continuas gracias al Señor por la merced que la habia hecho.

A los seis meses de su preñez vino a visitarla su prima la santísima Virgen, cuando acababa de concebir en su purísimo vientre al Hijo de Dios por el Espíritu Santo. Noticiosa esta Señora del milagroso preñado de su prima por habersele anunciado el mismo ángel que se apareció á Zacarías en el altar de los inciensos, y conducida del Espíritu Santo, partió de Nazaret á Judea, no permitiéndola diferir un momento este viaje la misma divina inspiracion que se le habia sugerido. Llegando á Hebron, entra en casa de Zacarías, saluda á Isabel, y en el mismo punto de la salutacion el niño de seis meses, que esta tenia en sus entrañas, da saltos de alegría dentro del mismo vientre á la voz de la santísima Virgen, y queda santificado antes de nacer por la presencia de su Señor que aquella purísima doncella llevaba en su casto seno. Los saltos y la santificacion del hijo fueron acompañados de un torrente de gracias que desprendió el cielo sobre la santa madre. Conoció en el mismo instante el incomprendible misterio de la encarnacion del Verbo; y no pudiendo contener el gozo y el respeto, encarando con su dulcísima prima, prorumpió en estas tiernas exclamaciones: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mi tanta dicha que la Madre de mi Señor y de mi Dios se digne visitarme? Luego que llegaron á mis oidos las primeras palabras de tu salutacion, el hijo que tengo en mis entrañas saltó de*

gozo dentro de mi vientre, y yo misma me sentí ilustraada de su nueva luz. Ya se deja discurrir que la estancia de la santísima Virgen en casa de Isabel sería un continuo cauce de gracias para toda la familia. Cerca de tres meses se detuvo la Señora en casa de su prima, y apenas salió de ella, cuando Isabel dió felicísimamente á luz aquel dichoso hijo, que, segun las promesas del ángel, habia de causar tanta alegría á todo el mundo; aquel á quien se le anticipó el perfecto y libre uso de la razon antes de haber nacido.

Apenas se extendió por la mañana la noticia de su feliz alumbramiento, cuando concurrieron de todas partes los vecinos y los parientes á darla mil parabienes por la merced que el Señor la habia hecho dándola finalmente un hijo al cabo de tantos años de esterilidad. Ocho días despues se volvieron á juntar los parientes, segun la costumbre, para la ceremonia de la circuncision, y preguntaron á la madre qué nombre se habia de poner al niño, no dudando que se llamaria Zacarías como su padre, y ya le iban á nombrar de esta manera, cuando la madre se opuso, diciendo que se habia de llamar Juan. Representáronla que aquel nombre era nuevo y extraño en la familia, no habiendo noticia de que alguno de ella le hubiese tenido jamás; pero manteniéndose firme Isabel en que se habia de llamar Juan, sin duda por habérselo tambien revelado á ella el mismo ángel, determinaron los parientes consultar al padre y conformarse con lo que este resolviese. Preguntáronle por señas qué nombre queria se pusiese al niño; y Zacarías, pidiendo una pluma, escribió estas palabras: *Juan es su nombre*. Quedaron todos atónitos; pero lo quedaron mucho mas cuando vieron que, soltándosele de repente la lengua, recobró el uso de la voz, y comenzó á cantar alabanzas al Señor por las maravillas que habia hecho en su favor. Recibió tambien al mismo

tiempo el don de profecía, no cesando de publicar las misericordias del Señor, que iba en fin á cumplir las promesas hechas á su siervo Abraham en órden al Mesías, asegurando que su hijo era su profeta y su precursor.

Llenáronse todos de un respetuoso temor á vista de tan maravilloso suceso, y prorumpieron en alabanzas del Señor. Extendida la voz por toda la Judea, quedaron igualmente asombrados cuantos le oyeron; y como hasta entonces no se habia visto semejante maravilla, todos hablaban de ella con cierto lenguaje de extático estupor. *¿Quién piensas será este niño?* se decian unos á otros. Verdaderamente que hasta ahora no hay noticia de otro algun nacimiento de otro profeta, acompañado de tantos prodigios; y si hemos de hacer juicio de lo que será en lo futuro por lo que vemos en lo presente, será el mayor hombre que haya nacido de mujeres. Así hablaban y así discurrían aun aquellos que tenían menos interés en los favores que dispensaba la divina bondad al recién nacido infante y á toda la familia de Zacarías.

Como este dichoso padre de un hijo tan querido de Dios pasó repentinamente de mudo á profeta y á un hombre lleno del Espíritu Santo, sintiéndose ilustrado de una nueva luz, y encendido su corazón de un divino fuego, quiso luego dar parte á todo el mundo de la alegría que le causaba aquel bien, que habia de ser comun á todas las naciones de la tierra, y exclamó en este inspirado cántico:

« Bendito sea para siempre el Señor Dios de Israel, que se dignó visitar á su pueblo y librarle de la esclavitud en que gemia despues de tantos siglos. Abatida la real casa de David, habiendo decaído de su majestad, de su grandeza y de su poder, vuelve otra vez á levantarla y la restituye á su esplendor, enviandola el Salvador que nos habian prometido los

profetas que nos precedieron, asegurar donos que, por formidables que fuesen los enemigos de nuestra salvacion, él nos libraria de sus manos. Muestra bien que no puede nunca olvidar la alianza contraida con Abraham, nuestro padre, y la promesa que le hizo de excitar sus misericordias con nuestros padres, extendiéndolas hasta nosotros; para que, libres de la esclavitud de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con una vida pura y santa, caminando continuamente en su presencia y sirviéndole con fidelidad y con amor. » Así publicaba á todos el santo viejo las misericordias del Señor, cuando, volviéndose hácia su hijo y mirándole fijamente, le dijo como arrebatado: « Tú, hijo mio, estás destinado para precursor y profeta del Salvador de los hombres: irás delante de él, allanarás el camino y dispondrás los pueblos para recibirle; enseñarás á los pecadores la ciencia de la salvacion, para que, volviendo á él por la penitencia, consigan el perdon de sus pecados. Estos son los efectos de aquella incomprendible misericordia que nos muestra en este tiempo, haciéndose semejante á nosotros, y bajando del cielo para visitar y para alumbrar á los que están sepultados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y conducirnos á todos al camino de la paz. »

El concurso de tantas maravillas como sucedieron en el nacimiento del niño Juan le hicieron célebre en toda la Judea. Refiere san Pedro Alejandrino, como un hecho de pública notoriedad, que, cuando Herodes buscó al Niño Jesus para quitarle la vida, quiso hacer lo mismo con el niño Juan, por el ruido que habia metido en el mundo su nacimiento; pero que le libró su madre santa Isabel, retirándose con él al desierto, hasta que, muerto Herodes, la madre se pudo volver libremente á buscar á Zacarias, pero dejándose á san Juan en el mismo desierto, donde queria el Espiritu

Santo se mantuviese hasta el tiempo de su predicacion. La vida que hizo en él, la sabemos por relacion de los mismos evangelistas: manteníase de miel silvestre, que es muy insípida, como tambien de langostas, y aun de esto era tan escaso y tan casi ninguno su alimento, como que no dudó decir de él la misma Verdad eterna, que no comia ni bebia. A la austeridad del alimento correspondia la del vestido; reducíase á una como zamorra de pelo de camello, atada á la cintura con una correa de cuero, pasando los dias y las noches en conversar con Dios, y disponiéndose con la oracion, con el ayuno y con todo género de penitencias para el ejercicio de su ministerio. Por esta inocente y penitente vida que hizo en el desierto, dice san Agustin y san Jerónimo, es tenido san Juan por modelo de vida austera y retirada de los anacoretas.

La Iglesia, dice san Bernardo, celebra la vida y la muerte de los demás santos, porque fueron santos; pero festeja el nacimiento temporal de san Juan Bautista, porque fué santo el mismo nacimiento y origen de una santa alegría. Es tan antigua la institucion de esta solemnidad, que en uno de los sermones de ella dice san Agustin la celebraban ya los fieles de su tiempo como de tradicion apostólica; y fué siempre tan solemne, que por algunos siglos se celebraban tres misas en este dia como en el de Natividad. Es tan general la alegría casi en todas las naciones, que se ve cumplido el vaticinio del ángel, cuando predijo á Zacarias que el nacimiento de Juan causaria alegría universal á todo el mundo, como se está verificando aun el dia de hoy, habiéndose pasado casi diez y ocho siglos. Testifica el citado san Bernardo que este dia no solo es uno de los mas alegres en el cristianismo, sino que hasta los mismos gentiles le solemnizan con luminarias, con hogueras y con otros regocijos. Lo

mismo hacen en él los turcos y todos los orientales segun nos lo refieren los viajeros. Lo cierto es que, despues de las principales fiestas de la redencion, no hay otra mas solemne desde los primeros siglos de la Iglesia que la Natividad de san Juan Bautista; y el concilio de Agda, celebrado el año de 506, la cuenta por una de las mas principales despues de la Pascua, Navidad, Epifania, Pentecostés y Ascension; ni es menos antigua que la misma fiesta la solemnidad de su vigilia. Para disponerse á ella instituyó el concilio de Salgunstad un ayuno de catorce dias; aunque no tuvo mucho efecto esta institucion particular.

Habiendo dicho el ángel á Zacarias que el hijo que le anunciaba estaria lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, es evidente que san Juan conoció á Jesucristo y fué santificado antes de nacer. Por eso dice san Ambrosio que su padre Zacarias dirigió al mismo niño su cántico; bien persuadido á que le entendia; y san Gregorio asegura que, antes de nacer, estaba ya dotado del don de profecía.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La natividad de san Juan Bautista, precursor del Señor, hijo de Zacarias y de Elisabeth, que fué lleno del Espíritu Santo en el claustro materno.

En Roma, la memoria de muchos santos mártires, que, acusados en tiempo de Neron calumniosamente del incendio de la ciudad, fueron atrocemente martirizados por orden del mismo emperador; unos, cubiertos con pieles de fieras, fueron echados á los perros; otros crucificados; otros encendidos como faroles para el alumbrado. Todos eran discipulos de los apóstoles; siendo así las primicias de los mártires que la santa Iglesia romana, campo fértil de víctimas, ofreció á Dios aun antes de la muerte de los apóstoles.

En dicho lugar, el santo mártir Fausto con otros veinte y tres.

En Satales en Armenia, los siete santos mártires hermanos, Orencio, Heros, Farnacio, Fermin, Firmo, Ciriaco y Longino, soldados, que fueron despojados del cingulo militar por el emperador Maximiano, por ser cristianos, y separados unos de otros para ser conducidos á diferentes lugares, donde, abrumados de calamidades y padecimientos, pasaron á descansar en el Señor.

En Creteil, diócesis de Paris, el martirio de los santos Agoardo, Agliberto, y otros innumerables cristianos de ambos sexos.

En Autun, el fallecimiento de san Simplicio, apellidado Tereste, famoso por su santidad y vida ejemplar monástica.

En Poitu, la muerte de santa Pechina, virgen.

En Nant s, san Gohardo, obispo, sacrificado por los Normandos con una parte de su clerecía y pueblo, al cantar *Sursum corda*.

En Malinas, el martirio de san Rombaudo, obispo de Dublin en Irlanda.

En Auxerra, san Erry, fraile de san German.

En Marsigny, en Borgoña, el venerable Raigardo, de la orden de Cluni.

En Tesalónica, el martirio de santa Lucea y otros muchos.

En Constantinopla, el martirio de san Urbas y compañeros hasta setenta y nueve, quemados vivos dajo Valente.

En Roma, el fallecimiento de santa Rómula, mencionado por san Gregorio en dos lugares de sus obras.

La misa es en reverencia del santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui presentem diem honorabilem nobis in beati Joannis nativitate fecisti: da populis tuis spiritualium gratiam gaudiorum, et omnium fidelium mentes dirige in viam salutis aeternae. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que hiciste este dia tan solemne para nosotros por el nacimiento de san Juan Bautista, concede a tu pueblo la gracia de los espirituales regocijos, y endereza las almas de todos los fieles por el camino de la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del capítulo 49 de Isaías.

Audite, insulae, et attendite, populi de longè: Dominus ab utero vocavit me, de ventre matris meae recordatus est nominis mei. Et posuit os meum quasi gladium acutum: in umbra manus suae protexit me, et posuit me sicut sagittam electam: in pharetra sua abscondit me. Et dixit mihi: Servus meus es tu, Israel, quia in te gloriabor. Et nunc dicit Dominus, formans me ex utero servum sibi: Ecce dedi te in lucem gentium, ut sit salus mea usque ad extremum terrae. Reges videbunt, et consurgent principes, et adorabunt propter Dominum, et sanctum Israel, qui elegit te.

Oid, islas, y vosotras gentes remotas, atended: El Señor me llamó desde el vientre de mi madre, y desde su seno se acordó de mi nombre. Y hizo mi boca como espada aguda: me protegió bajo de la sombra de su mano: é hizo de mí como una saeta selecta, y me guardó en su aljaba. Y me dijo: Tú, Israel, eres mi siervo, en tí me gloriaré. Y ahora el Señor, que me formó siervo suyo desde mi concepcion, dice: Hé aquí que yo te he constituido luz de las gentes, para que tú seas mi salud hasta el extremo de la tierra. Los reyes y los príncipes se levantarán al verte, y te adorarán por causa del Señor, y el Santo de Israel que te eligió.

NOT

« Isaías, uno de los cuatro profetas mayores, fue de la tribu de Judá y de la casa real de David. Floreció casi ochocientos años antes del nacimiento de Cristo y profetizó hasta el reinado de Manasés, que le mandó aserrar con una sierra de madera. Su profecía mas parece historia de Jesucristo y de la Iglesia, siendo, como dice san Jerónimo, una especie de compendio de toda la Escritura, y de la vida y muerte del Salvador.

REFLEXIONES.

Oid, islas, escuchad con atencion, pueblos distantes: El Señor me llamó desde el vientre de mi madre. Aplica la Iglesia estas palabras del profeta a san Juan Bautista, y con efecto tienen mucha relacion con el precursor del Mesías; pero si las queremos entender en el sentido moral, ¿quién de nosotros no tendrá motivo para convidar a todos los pueblos del mundo a admirar las misericordias del Señor, y a reconocer el insigne beneficio que nos hizo disponiendo que naciésemos dentro del seno de la santa Iglesia? ¿quién de nosotros no podrá exclamar con David: *Venite, audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit animae meae?* Todos los que temeis a Dios, venid, escuchad, y os contaré cuántos beneficios ha recibido mi alma de su liberal mano. Antes que fuese concebido, pensó en mí; y ¡con qué bondad fué disponiendo aquella continua serie de providencias particulares, sin las cuales seguramente no hubiera sobrevivido a mi nacimiento! Pero donde manifestó mas su bondad y su amorosa providencia fué en toda la admirable economía de nuestra salvacion. ¡Qué sabiduria en disponer los medios, en desviar los peligros y en

multiplicar las gracias y los auxilios. El que tiene espíritu y entendimiento verdaderamente cristiano, descubre un sin fin de maravillas en toda la economía de la divina Providencia. Acordóse el Señor de nosotros: ¿y qué sería de nosotros si nos hubiera olvidado? ¿y qué debemos esperar, si nosotros mismos nos olvidamos del Señor? Inspirado el profeta del espíritu de Dios, antes de referir los favores y los beneficios recibidos de su liberal mano, da principio convidando á todo el universo mundo para que venga á reconocerlos. Estamos nosotros como inundados, como anegados en los beneficios del Señor; el cielo, la tierra, los elementos, las estaciones, todo nos predica su liberalidad; vivimos de sus bienes, no hay día que no señale con algun nuevo beneficio. Ya que no nos privilegió en el nacimiento, por lo menos á pocos días nos santificó la gracia del bautismo; y si nuestra inocencia no ha durado tanto como nuestra edad, no quedó por misericordia. Pero ¿dónde está nuestro agradecimiento? ¿y quién de nosotros no tendrá razon para decir que el Señor le protegió á la sombra de su mano? Trae á la memoria aquellos días peligrosos, aquellas ocasiones secretas, aquellos enemigos encubiertos, aquellos ocultos venenos tan dignos de temerse. ¿Sacóte por ventura el arte de los médicos de aquella enfermedad que te puso á las puertas de la muerte, cuando tenias tanta necesidad de vivir para enmendar tu mala vida? ¿Debiste á tu industria ó á tu habilidad el salir tan felizmente de aquel estrecho lance en que corrian igual peligro tu vida y tu salvacion? ¿Somos en fin deudores de tantos dichosos sucesos á nuestros imaginarios méritos? *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Sí, mi Dios; bien lo sabemos, ningun hombre racional puede dudarle, que todos estos beneficios, todas estas gracias, todas estas misericordias han sido efec-

to puro de vuestra inmensa bondad. Pero si lo sabemos, ¿cómo somos tan ingratos? ¿Cuántos habrá que hasta ahora no han dado gracias al Señor por el beneficio de haberlos hecho nacer de padres cristianos, y por el de haberlos reengendrado despues en las aguas del bautismo? ¡O buen Dios, y cuántos remordimientos nos ahorraria un poco de reflexion!

El evangelio es del cap. 1 de san Lucas.

Elisabeth impletum est tempore pariendi, et peperit filium. Et audierunt vicini et cognati ejus quia magnificavit Dominus misericordiam suam cum illa, et congratulabantur ei. Et factum est in die octavo, venerunt circumcidere puerum, et vocabant eum nomine patris sui Zachariam. Et respondens mater ejus, dixit: Nequaquam, sed vocabitur Joannes. Et dixerunt ad illam: Quia nemo est in cognatione tua, qui vocetur hoc nomine. Innuebant autem patri ejus, quem vellet vocari eum. Et postulans pugillarem scripsit, dicens: Joannes est nomen ejus. Et mirati sunt universi. Apertum est autem illico os ejus, et lingua ejus, et loquebatur benedicens Deum. Et factus est timor super omnes vicinos eorum: et super omnia montana Judææ divulgabantur omnia verba hæc: et posuerunt omnes, qui audierant in corde suo, dicentes: Quis, putas,

Cumplióse á Isabel el tiempo de parir, y parió un hijo. Y sus vecinos y parientes oyeron como el Señor habia ensalzado con ella su misericordia, y la daban parabienes. Y sucedió que á los ocho dias fueron á circuncidar el niño, y le llamaban Zacarías como á su padre. Y respondiendo su madre, dijo: De ningun modo; sino que se ha de llamar Juan. Y la dijeron: No hay ninguno en tu parentela que se llame con este nombre. Y hacian señas á su padre, cómo queria que se le llamase. Y pidiendo el estilo, escribió diciendo: Juan es su nombre. Y todos se admiraron. Y en aquel mismo instante fué abierta su boca, y desatada su lengua, y hablaba bendiciendo á Dios. Y sus vecinos fueron poseidos del temor: y todas estas cosas se divulgaron por todas las montañas de Judea: y todos cuantos las habian oido, las ponderaban en su corazon, diciendo: ¿Qué niño será este? Porque la mano

puer iste erit? Etenim manus del Señor estaba con él. Y Zacarías su padre fué lleno del Espíritu Santo : y profetizó diciendo : Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y remediado á su pueblo.

MEDITACION.

SOBRE AQUELLAS PALABRAS : ¿QUIÉN PIENSAS SERA ESTE NIÑO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas ignorada ni mas oculta al hombre que su eterno paradero. ¿Tendrá la dicha de ser del número de los escogidos, de gozar de Dios eternamente en el cielo, ó tendrá la desgracia de ser contado entre los precitos, y de arder por toda una eternidad en el infierno? Esta es una noticia que Dios ha reservado solo para sí; lo que sabemos de cierto en esta vida es, que entre estos dos extremos no hay medio. Si Dios no fuere nuestro soberano bien, será nuestro soberano mal. Espantosa disyuntiva, que hace comprender bien la necesidad de la salvacion. No hay cosa mas oculta que este temeroso destino, y ninguna interesa mas nuestra curiosidad. ¿Qué piensas será aquel hombre, aquella mujer profana? ¿qué pienso yo mismo de mi suerte? Pero el que quisiere tener un presagio poco dudoso del destino que le espera despues de la vida, consulte sus costumbres, sondéese á sí mismo, si es que tiene fe; juzgue de su suerte por el fondo de su religion, por sus máximas y por sus obras.

¿Seguirá una santa muerte á una vida poco cristiana y aun licenciosa? Un espíritu mundano, un co-

razon uertino y unas costumbres estragadas, ¿podrán traer frutos dignos de la vida eterna? El cielo, aquella purísima mansion, donde no se da entrada á la mas mínima mancha, ¿admitirá á una alma enteramente carnal? ¿Y se podrá esperar que se conceda una bienaventuranza eterna en recompensa de una vida atestada de pecados?

El Evangelio y la doctrina cristiana es la verdadera regla de las costumbres. Esta es aquella ley segun la cual se juzga y se decide de nuestro eterno destino; las únicas pruebas de los autos son nuestras obras. ¿Queremos saber cuál será aquella espantosa sentencia, de la cual nunca hay apelacion? Pues consultemos nuestra conciencia y el Evangelio; no ignoramos las reglas, las máximas ni los preceptos del uno; y sabemos muy bien los desórdenes, los delitos y los remordimientos de la otra. Todos son unos testigos que no podemos recusar; los hechos están probados, y nuestra propia conciencia los confiesa. Pues cotejemos estos hechos con el precepto; la ley está clara; con que parece que no es difícil adivinar cual ha de ser la sentencia.

¡Ah Señor, ninguna cosa es mas fácil de pronosticar, y mas cuando vos os explicasteis tan claramente! *El que no cree, ya está condenado.* No es menester consultar otro oráculo. *El que come y bebe indignamente la carne y la sangre de Jesucristo, dice el Apóstol, come y bebe su eterna condenacion.* Examínese cada uno segun la religion y segun el Evangelio, y fácilmente acertará lo que debe pensar de su eterna suerte y de su eterno destino.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nuestras inclinaciones, nuestras máximas en materia de religion, nuestras costumbres